

GARCÍA DE LA HUERTA, VICENTE (1734-1787)

ENDIMIÓN

(Poema heroico)

CANTO ÚNICO

I

Viva fuente de luz inmensa y pura,
radiante autor del luminoso día,
deidad que en vano resistir procura
del caos nocturno la tiniebla fría,
a cuyo influjo debe su hermosura,
cuanto el terráqueo globo encierra y cría;
pues os tributa obsequios reverente
por padre universal todo viviente.

II

Pastor galán, a cuyo nombre debe
eterna fama el rústico cayado,
desde que envidia torpemente aleva
el pellico os vistió no acostumbrado;
divino director de aquellas nueve
deidades, que el tesálico collado
hospeda fácil, porque en ecos diestros
himnos resuenen a los timbres vuestros.

III

Numen de Cinto, tutelar de Delo,
inspirad dulce acento al pecho mío
por desempeño del fogoso anhelo,
que a empresa tanta fuerza mi albedrío.
Así en Dafne logréis vuestro desvelo,
calmando suave el áspero desvío,
y así corone la amorosa llama

la pompa hojosa de su verde rama.

IV

No de Marte sangriento belicosos
conflictos dar al público pretendo;
logros de amor en todo venturosos
será el asunto que dudoso emprendo;
quejas tiernas, suspiros amorosos,
que, a los celestes orbes ascendiendo,
abatieron con fuerza no importuna
entre los brazos de un pastor la Luna.

V

Desde el Meandro en su corriente vario
hasta el Icario Mar siempre famoso,
a quien dio nombre el hijo temerario
del fugitivo Artífice ingenioso,
dulce verdor, florido extraordinario
vestido al campo da tan delicioso,
que, aunque no su hermosura se exagera,
dirás que nace de él la primavera.

VI

Este hermoso país, a quien no ha dado
el rústico labor ni el hierro insulto,
pues liberal produce de su grado
dobles cosechas de su seno inculto,
de los bárbaros cares habitado,
a Pales tributa ardiente culto,
siendo constantes de su celo indicios,
en cien aras perennes sacrificios.

VII

Al pastoril oficio sólo dados
eran los moradores de la tierra,
y, huyendo la prisión de los poblados,
vagos vivían la fragosa sierra.
No sujeta al aprisco sus ganados,

cada res libre por el monte yerra;
aquí canta un pastor entretenido,
allá resuena de la honda el estallido.

VIII

Todo era libertad, todo bonanza;
tal cual queja de amor se percibía,
que no hay región remota que no alcanza,
dulce rapaz, tu suave tiranía.
Nadie de amor evita la asechanza,
por remedios que oponga a su porfía.
Vive desiertos, huye las ciudades,
que amor te buscará en las soledades.

IX

A este pensil hermoso, en que eslabona
su copia Ceres, Flora sus primores,
inalterable alcázar de Pomona,
dilatada república de flores,
sirve el erguido Latmos de corona,
adornando sus cumbres superiores,
como señor de cuanto predomina,
de laurel verde y permanente encina.

X

Humildes ganaderos sólo habitan
de la falda del monte las estancias,
en que tal vez sus bríos ejercitan,
oponiendo arrogancias a arrogancias.
Tal vez más quietos con su canto imitan
de Orfeo y Anfión las consonancias;
que aun en toscos y rústicos pastores
muestra naturaleza sus primores.

XI

Exceso de hermosura y perfecciones,
adoración del llano y la colina,
a Endimión tributaban sumisiones,

cuantos tocó su fama peregrina.
Cuantos produce el Latmos suaves dones,
triumfos de su hermosura los destina.
Mucho alcanza el poder y la ventura;
pero más avasalla la hermosura.

XII

Cuantas pastoras son del monte umbroso
gallarda admiración, dulce embeleso,
comparadas al joven prodigioso,
de sus triunfos aumentan el proceso.
Cual con arte y estilo laborioso
pellicos labra; cual, con más travieso
ingenio matizando mil primores,
hace cifras de amor las que son flores.

XIII

Sordo el pastor hermoso a las querellas,
de cuantas ninfas en su amor ardían,
más fraguaba el desvío las centellas
del volcán que en sus pechos encendían.
¡Oh, influjo superior de las estrellas,
cuán neciamente desmentir porfían
tu impulso aquellos cuya resistencia
hace de amor más dura la violencia!

XIV

En los horrores lóbregos del monte,
mortal habitación de monstruos fieros,
nuevo Marte, mejor Belerofonte,
cebaba sus espíritus guerreros.
En cuanto circundaba el horizonte,
despotismo gozaban los esmeros
de su esfuerzo, al amor siempre negado;
cuanto más desdeñoso, más amado.

XV

Por más que me desprecie el dueño hermoso,

a quien fatigo en vano con mi ruego,
es precepto del hado riguroso,
que su desdén avive más mi fuego.
¡Oh, ley severa, parto escandaloso
de un tirano más bárbaro que ciego!
Éste es de amor el fiero poderío:
forzar a un imposible el albedrío.

XVI

Desatendida sí, no despreciada
(porque no es el desdén descortesía),
paró en fin en hoguera arrebatada
la que centella leve parecía.
Fuerzas dio a la pasión no limitada
del desdén no remiso la porfía.
Fue amor solicitud, llegó a locura.
Tanto obliga el desdén en la hermosura.

XVII

Alma a los vientos, lengua a la maleza,
el dulce nombre repetido daba.
Endimión resonaba la aspereza,
cuando *Endimión* el céfiro alentaba.
El risco duro, la áspera corteza
eternos caracteres ostentaba,
porque arguyesen sus grabados nombres
ser a veces más blandos que aun los hombres.

XVIII

No por eso más grato respondía
el hermoso zagal a cuantas quejas
el aura suave y vaga refería,
porque el umbral pulsase a sus orejas.
Del globo azul la acorde simetría
era su amor, cifrando en las reflejas
luces de las estrellas su cuidado,
idólatra, del cielo enamorado.

XIX

Sola de Arcas hermosa descendencia,
por todos atributos peregrina,
reina de Caria, cuya augusta herencia
a sus méritos sólo se destina,
de Minerva gallarda competencia,
no perdido su amor logró Hiperina,
aunque más bella más afortunada,
en no ser de Endimión tan desdeñada.

XX

Altamente adoraba al prodigioso
joven galán de todos adorado,
aumentando su fuego impetuoso
ser gratamente acepto su cuidado.
Al pecho más bizarro y generoso
envidias dio su amor no despreciado.
¡Cuánto el bien se codicia y se desea!
¡Qué envidiado será quien le posea!

XXI

Cuando, el albergue rústico buscando,
pisando noche y confusión sombría,
la oscura soledad abandonando,
a su choza los pasos dirigía,
centinela de amor atalayando
la senda, que era de su norte guía,
Hiperina a Endimión se presentaba,
y de acaso su industria disculpaba.

XXII

Penetraba Endimión el amor puro
que Hiperina en su pecho fomentaba
y, aunque no menos libre, menos duro,
su innato desamor disimulaba.
Tal vez, favorecida del oscuro
horror de las tinieblas, declaraba
la ninfa sus deseos encendidos,
logrados sólo en ser con gusto oídos.

XXIII

Si alguna noche, desdeñando el rudo
abrigo pastoril de su cabaña,
quiso habitar aquel silencio mudo
que de sombra y horror el monte baña,
de tristes quejas, que ocultar no pudo,
hinche la soledad con ansia extraña,
y hasta encontrar su amor en la espesura,
no se tiene Hiperina por segura.

XXIV

Sin que peligro su inquietud perdone,
busca de su perdido bien indicio;
en cada fiera un riesgo se propone,
y una desgracia en cada precipicio.
Halla a Endimión agradecido, y pone
su gratitud por venturoso auspicio
de su pasión, que equivocada crece;
como si siempre amara el que agradece.

XXV

Con esto satisfecha la zagala
vida llegó a vivir tan venturosa,
que ninguna delicia al gusto iguala,
que concibe al mirarse tan dichosa.
Mas la varia fortuna, que resbala
del bien al mal, obró tan poderosa,
que en un punto trocó su ceño adusto,
en tormento la dicha, en pena el gusto.

XXVI

¡Oh, inconsistencia vil y deleznable
del teatro del mundo y ser humano,
más que las ondas de la mar instable,
mudable más que el viento y polvo vano!
Nada conserva el ser, todo es variable;
indicios del imperio soberano,
si árbitro de variar la suerte a todo,

principio universal del mismo modo.

XXVII

Cuando llegó a juzgar la ninfa bella
del todo su fortuna asegurada,
lúgubre influjo de fatal estrella,
su dicha oscureció no bien lograda.
Murió su amor, ensangrentando en ella
celoso frenesí su fuerza airada.
Perdió a Endimión, halló la muerte dura;
su cuidado causó su desventura.

XXVIII

Yace una gruta, tosca arquitectura,
de que artífice fue naturaleza,
del Latmos sacro en la suprema altura,
que de estrellas corona su cabeza.
Seno apacible que del Hibla apura
en fragrant aromas la riqueza;
a las Gracias albergue delicioso,
y a veces a Endimión dulce reposo.

XXIX

Observatorio de las luces bellas
del orbe azul al joven divertía,
examinando atento en todas ellas
la brillante simétrica armonía.
Apurar a los astros sus centellas,
astrónomo tenaz se prometía.
¡Oh, dulce facultad, cuyos desvelos
penetran los arcanos de los cielos!

XXX

Atónito, al mirar las perfecciones
de animados portentos luminosos,
al discurso agotaba admiraciones,
enajenado en éxtasis sabrosos.
De un letargo apacible a las prisiones

cedían sus espíritus fogosos
y, abandonando el cuerpo en quieta calma,
entre los astros se hospedaba el alma.

XXXI

La cítara de Orfeo prodigioso,
sus suaves cuerdas, ya luces sonoras,
de Arión el asilo proceloso,
sus escamas estrellas brilladoras,
el carro celestial, que perezoso
guía Bootes, por notar las horas,
el lascivo Orión, de Argos la popa,
y el Can Mayor que guarda fue de Europa.

XXXII

Dulce estudio, tarea peregrina
eran al docto joven que, entregado
a contemplar la máquina divina,
quiso librarse todo a este cuidado.
Borró el intenso estudio de Hiperina
el tierno amor y albergue acostumbrado,
ofreciendo la estancia y su recreo
mayor cebo a su astrólogo deseo.

XXXIII

Toldo de un roble de ropaje adusto,
en que Baco ostentaba su riqueza,
hizo el pastor; y de su pie robusto
arrimo, aun a pesar de su aspereza.
Lecho florido, hermoso más que agosto,
en el suelo mulló Naturaleza.
¡Feliz desierto en donde todo sobra
y los gustos se encuentran sin zozobra!

XXXIV

El nocturno crepúsculo borraba
las sombras que la luz formó del día,
lóbrego embajador que adelantaba

la oscuridad, que el caos conducía;
el monte sordo, sólo se escuchaba
de corrientes cristales la armonía,
y en la espesura de las sombras graves
roncos graznidos de agoreras aves.

XXXV

De la cárcel eolia al duro abrigo
el euro reducido tormentoso,
ni combatía el áspero quejigo,
ni aun adulaba al álamo frondoso.
Cuanto a la noche su silencio amigo
duró, no se elevó caliginoso
vapor para ofuscar las luces bellas,
que del sol participan las estrellas.

XXXVI

Éstas intensamente divertido
el astrólogo joven contemplaba,
por eximir su nombre del olvido,
que gallardos espíritus no acaba;
cuando, rápidamente sorprendido
de inmensa luz que activa le abrasaba,
incapaz del insulto luminoso,
interrumpió su estudio y su reposo.

XXXVII

Nunca de Febe en el silencio quieto
resplandeció más clara la hermosura,
o fuese acaso en el divino objeto,
o del pastor antojo por ventura;
ni en el Éter, a sombras no sujeto,
inundación de luz brilló más pura,
que la noche feliz, en que atendida
rindió Febe a Endimión, siendo vencida.

XXXVIII

Rayos ardientes imitaba el oro

del delicado fúlgido cabello.
En su faz clara, del zafir decoro,
aún más que lo divino era lo bello.
De resplandor origen y tesoro
luz mendigan los astros a su cuello,
retratando en su aliño compendiado
todo el celeste cóncavo estrellado.

XXXIX

Farol flamante el carro luminoso
dos animados Etnas conducían,
que rayos en su anhélito fogoso,
aún más que respiraban, encendían.
De luceros concurso caudaloso
eran las riendas que su ardor regían,
que creyeras por modos soberanos
trasladada la eclíptica a sus manos.

XL

En este aspecto en todo peregrino,
adorno igual a la mayor belleza,
vio Endimión, ya halagado del destino,
de Febe la divina gentileza.
En vano el joven contra amor previno
del desamor antiguo la entereza,
quedando en el insulto acelerado
ciego el discurso, y él enamorado.

XLI

Fuego voraz, mortífero veneno
prendió su corazón apasionado;
torpe el sentido, de tinieblas lleno,
desamparó el discurso a lo animado;
perdióse la memoria, en cuyo seno
sucedió eternamente su cuidado;
murió el gusto, quedó la pena viva;
así trata el amor a quien cautiva.

XLII

Tendido estaba en el fragante lecho,
examinando la abrasada herida
que amor tirano ejecutó en su pecho,
que franca hiciese al alma la salida;
y en suspiros y lágrimas deshecho
desesperaba de la triste vida,
al mirar la distancia incomprensible
que hacía su remedio inaccesible.

XLIII

De su fortuna el áspero suceso
en compasivos ecos lamentaba,
motejando su ingenio, cuyo exceso
a estado tan mortal le condenaba.
Maldecía irritado el embeleso,
que en su estudio curioso le empeñaba.
¡Oh, de amor peregrinas invenciones,
qué bien que disimulas tus traiciones!

XLIV

Viendo casi imposible ya en lo humano
la medicina a su amoroso fuego,
lo que fortuna pretendiera en vano,
fío rendido al obsequioso ruego.
El ánimo esforzó, y al soberano
numen hermoso dirigiendo luego
la voz humilde, con acentos tales,
penetró las distancias celestiales:

XLV

«Portento luminoso de esa esfera,
que a vuestra luz mendiga su hermosura,
deidad triforme, cuya voz impera
del reino de Plutón la estancia oscura.
Reina del monte, oíd la postrimera
voz de mi aliento, que mi vida apura;
así idolatren vuestro imperio eterno
el empíreo, la tierra y el infierno.

XLVI

Aunque pastor humilde y abatido
me oscurezca mi tosco nacimiento,
no es así mi valor, aun excedido
del ardor de mi espíritu violento.
Por mi poder monarca me apellido
del monte todo; haciendo mi ardimiento
que le juren en su circunferencia
juntos hombres y fieras la obediencia.

XLVII

Adorno a mis umbrales horrorosos
triumfos son de vencidos animales.
Ni al tigre libra el natural furioso
de pregonar mi ardor a mis umbrales;
ni el león por bravo, por tenaz el oso,
evitan mis espíritus marciales.
Todo se rinde a mi poder altivo,
guerra es la caza, de despojos vivo.

XLVIII

Cuantas riquezas la abundante tierra
en plantas cría, en árboles florece,
tributos míos son, que de esta sierra
el villanaje rústico me ofrece.
Ganado inmenso mi redil encierra,
y tanto con mi haber mi fama crece,
que en todo el Latmos y su reino hermoso
me llaman Endimión el poderoso.

XLIX

No hay pastora en el monte cuyo ruego
correspondencia en mí no haya intentado.
De Clicie he desdeñado el amor ciego,
y de Lisi el afecto he despreciado.
Sola de Hiperina el amoroso fuego
no del todo perdió; pues su cuidado
pudo lograr, sin ser correspondencia,

equivocada amor una apariencia.

L

Vos sola sois, hermosa sucesora
del músico pastor, padre del día,
ídolo celestial que el alma adora,
quien quebrantó mi tosca rebeldía.
Vos, luz perenne, que el empíreo dora,
fuerza disteis de amor a la porfía;
por vos crece de amor la ilustre gloria,
a vos debe Cupido esta victoria.

LI

Si ya triunfó de mí vuestra belleza,
y de Cupido esclavo me apellido,
obre conmigo vuestra gentileza,
cual noble vencedor con el vencido.
Ni es acción clara, ni gentil proeza,
la muerte dar al que se ve rendido;
siendo infame quien obra de esta suerte,
persiguiendo al rendido hasta la muerte.

LII

Vos deidad sois, yo humilde ganadero,
bien advierto la suma preferencia,
mas, siendo todo amor, mi ser altero
sin conocer del vuestro diferencia.
No fue estorbo al troyano lo grosero
a que en Venus dejase descendencia.
Hechos emprende amor inaccesibles;
vence una voluntad los imposibles.

LIII

No severa queráis que el amor puro,
que anima el yerto, moribundo pecho,
vilmente acabe en el martirio duro
que piadoso previene mi despecho.
Padrón a vuestra gloria, el más seguro,

será la acción que obréis en mi provecho.
Socorred a Endimión en mal tan fuerte,
o recibid por víctima su muerte.»

LIV

Sentidas, aun más bien que pronunciadas,
tales razones triste refería
el hermoso pastor, más bien logradas
que su mísero estado prometía.
Oyó Febe las quejas lastimadas;
dejóse persuadir de su porfía;
miró al pastor, notó su gentileza,
y amó correspondida su belleza.

LV

¡Oh, violencia del ruego prodigiosa,
cuánto alcanza y penetra tu desvelo!
La tierra haces esfera luminosa,
y abates las deidades hasta el suelo.
Dígalo Febe, cuya luz hermosa,
a ruegos de un zagal, huyendo el cielo,
en brazos del pastor apetecible
otra esfera encontró más apacible.

LVI

Logró Endimión su intento deseado,
que todas sus venturas coronaba.
Febe halló en su pastor enamorado
amor que aun a su amor aventajaba.
En este dulce delicioso estado
cada cual su ventura exageraba;
en tanto que Hiperina presurosa
el monte penetraba recelosa.

LVII

Viendo de noche ya cubierto el cielo,
y que su dulce amor no parecía,
el monte todo con mortal anhelo,

celosa, más que amante, discurría.
Llegó a la gruta, en cuyo hermoso suelo
de su tragedia vio la tiranía.
Miró a Endimión de Febe poseído,
y en él su mal hallado, y bien perdido.

LVIII

Muerta quedó, mirando en otros brazos
el dueño hermoso que ella idolatraba.
Celoso frenesí abrevió los plazos,
que a su tragedia el hado reservaba,
cuando en más tiernos, más estrechos lazos
sus esclavos amor aprisionaba.
¡Mas, oh dichas, de nadie bien logradas,
siempre con la pensión de limitadas!

LIX

Era preciso que su curso hiciese
Febe y que a su Endimión desamparase,
y más preciso que el pastor sintiese
la ausencia, que sus dichas retardase.
A Júpiter rogó que le atendiese,
oyóle el Dios, y porque no penase,
piadoso le inspiró perpetuo sueño
que aliviase la ausencia de su dueño.

LX

Hace Febe su curso refulgente,
y, al cabo de él el Latmos visitando,
feliz hace a Endimión eternamente,
si no entonces, rendido a un sueño blando.
Dichoso amor, premiado dignamente,
que recompensa tal está gozando;
feliz pastor, a quien eterna dura
en tal tranquilidad tanta ventura.